

Presentación

¿AL BORDE DEL ABISMO?

"La humanidad ha alcanzado a partir de la mitad del Siglo Veinte el poder de volar el mundo en pedazos y de alejarse de él espacialmente. Estos son dos de los más culminantes logros de la historia del hombre. Si el conocimiento que los hizo posibles es utilizado inteligentemente, la humanidad puede entrar en un período de gloriosa aventura. Si ese conocimiento se utiliza estúpidamente, puede llevar a la catástrofe definitiva".

ROBERT H. HUTCHINS
"Aprendizaje y Sociedad"

"La amenaza de la catástrofe nuclear y la plaga del hambre se asoman de manera horrible en el horizonte como los fatales Jinetes del Apocalipsis".

PAPA JUAN PABLO II
(Sermón en la Basílica de San Pedro
en el Día Mundial de la Paz:
31 de diciembre de 1983)

Pareciera que en 1983 se hubiese alcanzado el nivel más alto en el largo proceso de tensiones de la historia de la humanidad, que ha tenido periódicos desahogos en guerras mundiales, en sangrientas revoluciones y en conflictos regionales no menos devastadores por sus manifestaciones de incontenible crueldad.

El antiguo símbolo de la Espada de Damocles que expresaba la inestabilidad de la fortuna, pues bastaba cortar el hilo del cual pendía el arma para terminar con vida y hacienda, está representado ahora por los tableros computarizados donde apretar un botón rojo es suficiente para desencadenar la catástrofe que pondría fin a la vida en nuestro planeta.

Han transcurrido 24 siglos desde la aparición de aquel signo representativo de la fragilidad de los triunfos del tirano de Siracu-

sa, Dionisio el Viejo, pero su significado se ha proyectado hasta hoy, atravesando las edades como una advertencia que jamás ha sido escuchada.

Las quejas y recriminaciones mutuas, los gestos de arrepentimiento y las promesas de paz se han traducido en breves lapsos de tranquilidad que, a su término, han desembocado en estallidos de cólera acumulada. El análisis de tales explosiones se ha resumido siempre en una frase que nada tiene de científico: "nunca antes había ocurrido esto". Lo cierto es que jamás ha habido calma plena, comprensión y confianza. Las pugnas generacionales han sido permanentes, las confrontaciones entre individuos, clanes, tribus y pueblos dan la impresión de que son propias de la condición humana todavía en busca de su definición. La evolución no ha terminado, dice un sociólogo. El hombre es un proyecto inconcluso, sostenía Ortega y Gasset. ¿Por qué entonces actuamos como si el globo terráqueo estuviese saturado y agotadas sus posibilidades de supervivencia?

Esta misma pregunta la hicimos a connotados estudiosos de distintas latitudes, al divulgarse los detalles de la guerra de Vietnam que costó dos millones de vidas y ante las atrocidades derivadas del furor nacionalista africano. Todavía no llegábamos al violentismo terrorista que conmueve a nuestra época ni a los enfrentamientos bélicos del Medio Oriente y de América Central.

En 1977 el Dr. Israel Drapkin nos entregó para publicar en Atenea su ensayo "Cultura de la violencia", que daba respuesta a esa interrogante. El que fuera fundador del Instituto de Criminología de Chile y después catedrático de la Facultad de Derecho de la Universidad Hebrea de Jerusalén, hace un planteamiento inicial para afirmar que "tendemos a olvidar el pasado y a creer que jamás hemos vivido en tan sobrecargada atmósfera de violencia. Sin embargo, ella no constituye un rasgo exclusivo de nuestra actual convivencia social. La violencia siempre acompañó al hombre, ha sido y es uno de los denominadores comunes de nuestro diario acontecer".

Luego de pasar revista a los hechos bélicos más salientes de centuria en centuria, llega a la conclusión de que "hemos cruzado todas las barreras y hemos descendido a un nuevo reino del terror".

Este terror tiene su origen en las miles de cabezas nucleares distribuidas por el mundo, con fuerza un millón de veces superior a la bomba que destruyó a Hiroshima. Según declaración de Robert Mac Namara, Secretario de Defensa del Presidente de Estados Unidos John Kennedy, "si se dispara un solo artefacto nuclear, nada podría detener la detonación de los siguientes y no quedará un solo ser humano vivo sobre el planeta. Creo que en el plano más optimista de las negociaciones, las armas nucleares no serán reducidas en más de un cincuenta por ciento en los próximos diez o quince años. De ahí que nuestros hijos y nietos deberán soportar por décadas un mundo sembrado de armas nucleares, de las cuales sólo un centenar puede acabar con la civilización occidental".

La materia ha liberado su energía poniéndonos frente a la amenazadora presencia de los misiles que en pocos minutos pueden cruzar continentes con su mensaje de exterminio. Como una puerta de escape se abre la ruta hacia los planetas. Ambos elementos han puesto fin de golpe a nuestra capacidad de asombro. Frente al desarrollo acelerado que a una misma generación le ha hecho vivir la era atómica, la era de la revolución tecnológica, la era de la computación, la era espacial y los sensacionales experimentos de la ingeniería genética, los propios científicos han hecho llamados para restablecer la cordura y cierta protección mínima. En 1953 un profesor griego pedía a la Unesco que se interrumpiera el desarrollo científico o que se le guardara en secreto para no provocar mayor desesperación. Años después el Club de Roma propuso detener lo que se vislumbraba como un "crecimiento ilimitado".

Todo ha sido tan rápido que nos parece rutina y cosa de uso común desde largo tiempo. Lo vemos a cada paso, cuando un pequeño escolar hace sus tareas con su calculadora electrónica de bolsillo cuyos prototipos fueron fabricados para los primeros astro-

nautas; en los programas de televisión que nos muestran satélites orbitando y naves espaciales enviando fotografías de Marte y Saturno. La Luna ya no interesa, porque su embrujadora imagen reflejada en las aguas de un lago para inspiración de poetas románticos, fue reducida a un trozo de tiza arrugada por quienes pisaron con zapatos metálicos su corteza iluminada.

En la década del 40 los avances logrados parecían lentos, aun cuando para muchos un viaje en avión a 500 kilómetros por hora era una experiencia inolvidable. Para contrarrestar el escepticismo de los que hacían notar la falta de empuje dinamizador, un comentarista escribía como pidiendo disculpa: "Hace apenas 500 años que se ha descubierto la mitad del mundo; menos de 200 años desde el descubrimiento del último continente. Las ciencias químicas y físicas apenas si se remontan a un siglo. La de aeronáutica cuenta con sólo 40 años. La del átomo está siendo descubierta".

¿Qué podría decir ahora que los conocimientos que necesitaron primero un milenio para duplicarse, después un siglo y finalmente cincuenta años hoy lo hacen en diez? ¿Y cuál sería su reacción al ver que la ciencia se confunde con la tecnología, que el realismo fantástico se ha introducido en la ciencia y la imaginación se agota estrellándose contra una cortina de misterio? Es como si el ambiente mágico que rodeaba a los alquimistas medievales tomara su desquite. En otro terreno, la metafísica, considerada en su significado de disciplina que pretende ver e ir más allá de las experiencias posibles, pugna por desplazar a la filosofía, aumentando la confusión.

La torturante reflexión se refiere a saber si estamos cerca de la hora final o de una transformación profunda para iniciar una nueva etapa, distinta y benéfica. Sigue vigente la frase que dio el título a un libro de André Malraux: "Tiempo del desprecio". Hay desprecio por la vida y desprecio por la muerte. Solamente si alguien muy cercano perece, experimentamos el sentimiento elemental del dolor, generalizándose la atroz sentencia de Stalin: "Un muerto es una tragedia. Diez mil muertos son estadística".

La mayoría se inclina por aceptar la inminencia de un holocausto. Se ha desatado una verdadera vocación catastrofista para describir los efectos de los disparos que volarían todas las capitales europeas y las grandes ciudades de Estados Unidos y de la Unión Soviética, dejando en un instante mil millones de víctimas. Es una ilusión suicida creer que un conflicto nuclear pueda mantenerse bajo control o ganarse. Decía el Presidente Kennedy: "La victoria se convertiría en ceniza en nuestra boca".

Esas palabras fueron pronunciadas después de obligar a los soviéticos a retirar los cohetes que habían emplazado en Cuba. Han pasado más de veinte años desde aquel incidente llamado de "los misiles de octubre". Comparado ese episodio con los actuales intercambios de desafíos y actitudes agresivas apoyados en arsenales atómicos, nos parece sólo eso: un incidente.

Y en esta alocada carrera por la doble pista ofensiva-defensiva, han aparecido competidores inesperados que, sin exhibir un grado satisfactorio de desarrollo, se jactan de poseer la bomba atómica, como son China, India y Pakistán.

Una conflagración de tal magnitud no se limitaría a dos grandes potencias. En momentos de meditación optimista pudiera considerarse un privilegio la feliz circunstancia de vivir en un país como Chile, tan alejado de los centros conflictivos más expuestos a ser pulverizados. Pero un científico de indiscutible solvencia asegura lo contrario. Es el connotado físico chileno Igor Saavedra, Premio Nacional de Ciencias y participante en la redacción del informe sobre el peligro nuclear que la comunidad científica internacional entregó al Papa Juan Pablo II en 1982. Resulta oportuno reproducir parte de lo que expresó el doctor Saavedra en una entrevista publicada en el Suplemento Buen Domingo del diario "La Tercera", edición de Navidad:

"—Usted ha hablado de crear condiciones que impidan la guerra nuclear. ¿Qué significa eso?

Crear un movimiento moral de rechazo, de repudio a las armas nucleares. Hacer que sea imposible el uso deliberado de ellas.

Lo primero es hacer que la gente conozca el problema y eso significa ser tan riguroso como sea posible. No exagerar, pero tampoco dejar de contar la verdad por temor de que la gente se pueda asustar.

—¿Eso significa mostrar los efectos de una guerra nuclear?

Mostrar sus efectos, decir el número de armas que existe, dejar muy en claro que una guerra como ésa solamente se puede perder, no hay vencedores.

—Pero si hay una guerra nuclear en gran escala en el hemisferio norte, en Chile, no sería el fin del mundo...

No en el sentido de que los chilenos vayan a morir de inmediato. Pero lo afortunado en caso de guerra nuclear es que a usted le caiga la bomba en la cabeza. Ahí usted tiene suerte porque muere de inmediato. Porque piense en la alimentación. Van a arder todos los bosques, todas las ciudades, todos los depósitos de combustible en el hemisferio norte. Son incendios que van a durar semanas, humos que van a durar meses. La luz del sol se apagará durante meses por efecto de ese humo, y en consecuencia se acaba la fotosíntesis, se mueren los vegetales, se acaba el alimento. Ese es un problema global, que nos va a afectar de todas maneras. Y vamos a tener lluvia radiactiva en abundancia. El polvo succionado por las explosiones va a bloquear las ondas térmicas del sol y va a enfriar la superficie del planeta. Se destruirá gran parte de la capa de ozono, que filtra los rayos ultravioleta: eso significa ceguera, cáncer a la piel. Nos quedamos sin medicinas, porque casi todas las medicinas las importamos del hemisferio norte. No va a haber más gran industria ni tecnología avanzada. La radiactividad disminuirá las defensas naturales del organismo; seremos más vulnerables a todo tipo de infecciones. Una catástrofe absoluta.

—En cuanto a cantidad de armas, se habla de 50 mil bombas atómicas en el mundo. ¿Es fidedigna esa cifra?

En la reunión que tuvimos en el Vaticano se barajó una cifra

que estaba más cerca de los 60 mil que de los 50 mil. En eso estaban de acuerdo los científicos soviéticos y norteamericanos.

Y son armas de variado poder, pero el promedio de cada una es algo así como veinte bombas de Hiroshima. Y la bomba de Hiroshima mató más de cien mil personas.

—*Está claro que si quisieran destruir a la especie humana...*

Lo hacen, no cabe duda. Ahora, el problema se agudiza porque no son sólo los jefes de Estado quienes deciden si hay o no hay guerra nuclear. Con las armas que llaman "tácticas" (de alcance medio y poder destructivo limitado como los misiles Cruise y Pershing II que se están instalando en Europa), alguien puede decidir usarlas en la línea de combate...

—*O sea, en una guerra que se inicia con armas convencionales, un general o un coronel podría...*

Convertirla en una guerra nuclear.

—*Ahora yo he escuchado opiniones de que la única forma de lograr el desarme sería que hubiera una guerra nuclear limitada, porque serviría de escarmiento...*

Yo creo que no, porque si alguien quiere conocer en directo los efectos de una guerra atómica, basta con que miren lo que pasó en Hiroshima. Las fotos que existen, cómo era Hiroshima un día antes y cómo era el día después, es algo muy doloroso de ver. Una ciudad que desapareció. Había una persona que estaba parada en la entrada de un banco, la explosión la pulverizó, y como el cuerpo "tragó" radiación, entonces quedó su sombra marcada en el pavimento. Los zapatos de los niños fue lo único que quedó de ellos; era una ciudad llena de niños... iban yendo a la escuela en ese momento.

—*¿Los norteamericanos todavía tienen más armas nucleares que los soviéticos?, ¿o no?*

Me imagino que sí, pero ése no es un punto pertinente en la discusión. En aquella reunión en el Vaticano nunca se habló de

quién tenía más. Los científicos de ambos lados estaban de acuerdo en que los dos tenían de sobra''.

Es un informe espeluznantemente frío, como el diagnóstico médico para un enfermo incurable consciente de su agonía. Pero el verdadero dramatismo de estos momentos que podríamos calificar de pre-apocalípticos, se ha dado casi al finalizar el año 1983 en una pequeña ciudad inglesa, divulgado a través de la siguiente información: "Congresbury, Inglaterra, diciembre 22 (AP). En una reunión pública se votó que en caso de producirse un ataque nuclear, se debería contar en esta población del sudoeste de Inglaterra con píldoras letales para cometer suicidio en masa.

En la reunión de anoche se votó 62-16 en favor de apoyar la idea de un médico local, de entregar dosis mortales de morfina a los habitantes que no quisieran soportar la lenta y dolorosa muerte ocasionada por la radiación. El médico Richard Lawson, de 37 años y miembro de la campaña británica por el desarme nuclear, dijo que convocó la reunión en esta población de 1.500 habitantes, tras escuchar de algunos de sus pacientes que darían muerte a sus hijos antes de verlos sufrir por la radiación''.

Tal vez estimulado por el temor, el mundo occidental se ha preocupado de confeccionar una especie de balance de lo que ha hecho y de lo que ha pensado, con la agobiante sensación de que apenas queda tiempo para redactar un testamento. Hemos asistido durante dos años a un apresurado programa de recuento con recordaciones simultáneas de centenarios, sesquicentenarios y bicentenarios de nacimiento y muerte de alguien importante para la ciencia, la educación, el arte y la cultura: Darwin, Pasteur, Da Vinci, Ortega y Gasset, Wagner, Humboldt, Andrés Bello, Simón Bolívar, Marx, Kafka, Spengler, Goethe, Einstein. Y se ha ido más atrás aún: mil años de Virgilio, quinientos años de Martín Lutero y de Rafael.

Para enfrentar las amenazas aflora un espíritu conservacionista no sólo en defensa de los recursos naturales sino de los monumentos de la cultura universal dañados por la contaminación y por

el complejo de velocidad, aceleración e inseguridad. Que no se desvanezcan desintegrados los chispazos geniales que permitieron llegar a las cumbres del intelecto a través de una novela, un poema, un cuadro o una partitura musical.

Es como un nuevo romanticismo que no encuentra la identidad de su dirección, en que se mezclan los héroes de ficción con el afiebrado anhelo por alcanzar otros mundos. Por todas partes se habla del "rescate de valores", sin precisar cuáles, ampliando el concepto de lo clásico para referirlo a lo mejor de cada siglo, en un desesperado esfuerzo por evitar que todo se pierda a consecuencia de una decisión demencial de ataque sorpresivo.

¿Puede haber coherencia y armonía estructural cuando las motivaciones del pensamiento surgen del miedo? La coexistencia de tantos factores dispares ya no permite establecer un orden en la sucesión de las ideas.

El profesor Augusto Pescador Sarget sintetiza con precisión la causa de las desconcertantes contradicciones: "La lógica ha dejado de ser la moral de los pensadores", dice. "Además es imposible conocer el pensamiento de todos los países en los últimos 20 años. No se puede pretender presentar un panorama de la filosofía que se está haciendo ahora".

De ahí la necesidad de buscar soluciones a los problemas del ser y su destino, refugiándose en quienes hicieron posible una explicación sistemática del universo, con sentido integral. ¿Será acaso una conducta escapista de sociedades que están llegando al límite de la resistencia en la guerra psicológica? No obstante, no hay consenso para pronunciar la palabra crisis como término absoluto y se la sustituye por la palabra cambio en consoladora actitud de autocompasión. Del mismo modo, se trata de disfrazar la profunda y agobiante inquietud con estudios sin metas fijas, en ausencia de guías espirituales que antes llenaban todo un ciclo histórico. Se podía identificar una serie de secuencias concatenadas como en un planteamiento silogístico: "las grandes revoluciones filosóficas venían a continuación de las grandes revoluciones científicas. A

las matemáticas griegas les sigue la filosofía de Platón; a la física de Galileo le sigue la filosofía cartesiana; a la física newtoniana, la filosofía de Kant; a la lógica matemática, la filosofía de Husserl; y a la ciencia de la historia, el materialismo dialéctico''.

La época nuestra, por el contrario, tiene la atracción malsana de una figura fascinante inyectada con una droga mortal. No se divisan anticuerpos neutralizadores ni semillas de herencias renovadoras con sentido de permanencia en el tiempo. Tenemos conciencia, sin embargo, de estar viviendo una revolución de gigantescas proporciones, planetaria, globalizada por los sistemas de comunicación múltiple, pero "en el filo de la navaja" y carente de ese impulso de trascendencia que, en cierto lejano instante, nos condujo del caos al cosmos.

Sumado el potencial nuclear existente en el mundo, equivale a varias toneladas de TNT por cada ser humano. Hoy, más que nunca, se justificaría la recomendación de Nietzsche de "vivir peligrosamente". Pero, esta vez, la circunstancia prevista por el filósofo no nos hace más fuertes y resistentes. Es posible que la inminencia del peligro no sea de un día, una semana, un mes, sino de varios años, quizá de un siglo. Esto último, medido en tiempo cósmico, sería menos de un minuto.

Estas reflexiones no son producto de un anticipado pesimismo derrotista ni el reflejo retardado de la religiosidad fatalista de nuestros ancestros. Es la inevitable contemplación de una realidad de sombrías perspectivas, marcada por el actual sentimiento dominante: la angustiosa preocupación por sobrevivir, aunque sea volviendo a la prehistoria para comenzar de nuevo la tarea ideal de construir un mundo feliz. La desorientación cultural que nos sale al encuentro presenta dos polos para su conducta pendular: Orwell y Huxley.

Sólo cabría preguntar qué nos reserva el incierto futuro. ¿Podrán proporcionar los prodigiosos adelantos materiales una dimensión equivalente en las categorías del pensamiento y del conocimiento, para superar el espectáculo de una convivencia deterio-

rada hasta el punto en que ya nada importa? La incertidumbre nos lleva a elaborar una especie de apelación implorante como el plazo de gracia que piden los condenados a muerte ¡para llegar al año dos mil! y ojalá continuar.

TITO CASTILLO